

EL FRANQUISME I L'INICI DE LA GUERRA A EUROPA (SETEMBRE-DESEMBRE 1939). TEXTOS PERIODÍSTICS.

Barcelona, setembre de 2014
www.pisunyer.org/arxiu/recerca
© Fundació Carles Pi i Sunyer



«[...] El hecho que ustedes deben meditar es éste: aquel que nos sacó en todos los órdenes —no ya sólo en el militar— de uno de los trances más trágicos y difíciles de nuestra historia continúa en absoluta plenitud de mando ante uno de los trances más trágicos y difíciles de la historia de Europa.

»Ya sabemos que, gracias a este hecho, están ustedes todo lo tranquilos que es posible ante la pavorosa coyuntura. Ya sabemos que no imaginan ustedes ya para España ninguna situación mejor, y que ahora les parecería un crimen hablar de cualquier otra cosa. Pues esto es lo que decíamos nosotros siempre, o sea que queremos ara siempre, “para todos los días”, aquel gobernante, aquel Caudillo que “en el día difícil” nos ofrezca a todos los españoles, a todos los hogares de la Patria, el máximo de seguridad frente al destino.

»¡Arriba España! ¡Viva Franco!»

(«Franco y la hora europea», *Arriba*, 3 septiembre 1939)



Valentí Castanys. *Destino* (Barcelona), núm. 196, 29 noviembre 1941

L'inici de la guerra a Europa, amb l'atac d'Alemanya sobre Polònia, l'1 de setembre de 1939, es va reflectir a la premsa espanyola de l'època seguint els criteris estrictes emesos per la censura oficial del règim. Més enllà, però, de les consignes i la intervenció sobre tot el que es publicava i com es publicava, els mitjans franquistes també van saber traspasar la sinceritat dels punts de vista dels homes del poder: la culpabilitat francesa i britànica per no haver cedit a les demandes nazis; l'actitud provocadora dels polonesos, al negar-se a negociar les cessions que els exigien des de Berlín; l'ombra sempre present del bolxevisme, esperant l'oportunitat per saltar sobre Europa; etc. Els textos recollits en aquest document

(publicats parcialment, l'any 2008, a *Un mundo en guerra. Crónicas españolas de la segunda guerra mundial*, Barcelona, Ed. Destino), ofereixen una visió incontrovertible sobre les simpaties franquistes respecte de les accions alemanyes sobre Polònia i el que vindria després.

Laia Arañó (editora)

1. «El por qué de la guerra», *Arriba* (Madrid), 1 septiembre 1939

La jornada de ayer nos ha traído, al fin, la luz de dos verdades ya previstas. Estas son la nota de Alemania, que deshace el secreto de las negociaciones, y la prueba bien clara de la culpa que se afirma y perfila en el lenguaje bélico de la prensa británica y polaca, negándose, sin juicio, a la razón.

La nota de Alemania es bien explícita. No hay en ella reservas ni intenciones simuladas. Agotada la espera y la paciencia, Berlín, ante la hora decisiva, antepone de nuevo las armas de un sensato razonar a la implacable voz de las armas de guerra. Es un último ejemplo. A él responde la Prensa de Varsovia con estas palabras: «Alemania no tiene otro camino que retroceder o empezar la guerra.» El aguijón que irrita y desazona, el lenguaje altanero que provoca es contundente y diáfano.

A lo largo de toda la crisis, Alemania mantiene la cordura. Sabe que es fuerte y no teme a la dialéctica de los cañones. Pero sabe también que su razón es fuerte y busca en la justicia de los pueblos la solución sin sangre que piden sus razones. Nadie piensa en Europa ya, desde hace diez años, que la paz humillante de Versalles pueda ser permanente. Los que hoy lanzan al mundo a la catástrofe argumentaron siempre que, si bien este juicio era del todo cierto, la revisión pedida que traería la paz, tenía cauce recto y ruta sin escollos en el diálogo de las negociaciones. Ahora, en cambio, los mismos personajes han cerrado los cauces y las rutas con la piedra y el lodo. Y si la realidad del problema de Danzig y el pasillo polaco — fronteras que se ponen a la sangre de un pueblo — fue antes considerada como humillante y de urgente solución, ninguna razón queda a los ingleses para llevar a Europa hacia la muerte, después de conocida la posición germana. Es tan clara la nota y es tan, por otro lado, generosa y prudente, que turba los sentidos el que se insista aún en provocar la guerra. No valen ya razones de honor y dignidad. Con la espina de Danzig, clavada hace veinte años en la carne, Alemania se esfuerza en la templanza. Sin motivos que afecten a su entraña, Inglaterra se obstina en el orgullo. El espíritu castrense de Alemania es sereno y tranquilo porque se pone siempre al servicio de una idea que es justa. El espíritu mercantil de Inglaterra no sabe de servidos ni de ideas. Así, hoy, levanta la bandera del peor belicismo: de aquel que sólo tiene fundamento en el imperialismo de la libra esterlina, que es la peor especie de los imperialismos. En nombre de él van a perder la vida las mejores juventudes de Europa.

2. «La moneda en el aire», *ABC* (Madrid), 1 septiembre 1939

Aquellos que querían presentar a Alemania como la nación que intentaba encender la guerra en Europa, y al hacerlo se desentendían de la justicia de unas pretensiones que, derivándose del Tratado de Versalles, trataban de reivindicar principios vitales para la existencia nacional, tendrán que reconocer en estos momentos que Hitler no ha perdido ni un momento el sereno concepto de su responsabilidad. Nadie podrá acusarlo ni de violento ni de precipitado, y su razón la ha puesto al servicio de la parsimonia, cediendo a las contingencias de la negociación todos los estímulos de la fuerza.

El angustioso proceso del pleito que en estos días conmueve a Europa se ha ofrecido a la opinión pública del mundo por simples indicios. Viajes de embajadores, conferencias con los jefes de Estado, intervención oficiosa de ilustres personalidades, cambios de notas y de acuerdos..., todo se ha llevado con el máximo secreto diplomático.

Hoy se ha hecho pública, al fin, la propuesta de Alemania a Polonia, con referencia al puerto de Danzig y al famoso corredor, y casi simultáneamente se supone de modo oficioso la negativa de Polonia a aceptar esta proposición, en la que Hitler reduce al mínimo sus aspiraciones. Tal contingencia entenebrece el panorama, y, posiblemente, agrava la solución de la pugna.

La Prensa inglesa, por su parte, exalta los resortes nacionalistas, reduciendo la cuestión a unos términos claros y concretos. La guerra no se incuba en Polonia, cuya situación sirve de pretexto para planear un pleito de hegemonía entre las dos grandes potencias. Coincide este juicio, demasiado sincero, con los gritos que los ingleses fascistas han lanzado en las calles de Londres: «Lucharemos por Inglaterra, pero no por Varsovia».

Todo ello acentúa el ambiente de confusión, sin que pueda predecirse el desenlace. Algo, sin embargo, aparece con una claridad meridiana: el deseo conciliador de Alemania frente a la intransigencia de Polonia. Y en este punto la actitud de Inglaterra se reduce a jugar a favor de su hegemonía, calzándose previamente el guante blanco.

Quizá nunca se ha ofrecido al mundo internacional una incógnita tan compleja. Mas, con todo, algo puede afirmarse: que la solución, sea cual fuere, urge. La tensión internacional no puede dilatarse. La moneda de la paz y de la guerra está en el aire.

3. «Franco y la hora europea», *Arriba* (Madrid), 3 septiembre 1939

¿Qué les parece a ustedes —y este «ustedes» quiere decir que no va para «camaradas»— si en vista de la grave situación histórica de Europa ensayásemos para España otras soluciones de gobierno, otras formas, otros estilos, diversos de los que prevalecen?... ¿No quieren ustedes contestar?

Está bien. Las vueltas de la historia les han puesto a ustedes el corazón en un puño de hierro. Ahora las ideas banales, las nostalgias, las quimeras sentimentales, los pruritos decorativos no les sirven de nada. ¿Comprenden ustedes ahora qué es lo transitorio y qué es lo permanente? ¿Van abriendo los ojos de la cara?... ¿Se van cayendo de su burro? Que este otoño, al menos, se lleve todas las polvorientas hojarascas que emboban algunos espíritus y haga de una entender que lo «histérico» no es lo «histórico».

Ante la grave situación europea, ustedes ya no quieren otra cosa sino una España bien gobernada y bien defendida. Y ustedes pedirían el Caudillo a gritos, si no estuviese ya, a caballo, al mando de su Patria, con todos los prestigios de la victoria. Ahora piensan ustedes que desde hace siglos la defensa de España no ha tenido mejor garantía. Y saben ustedes que la tiene, por, obra del Caudillo, cuando más falta hace. Saben ustedes, que por la permanencia y cimienta de su mando y por la eliminación de tonterías vanas el instante nos coge todo lo preparados y todo lo tranquilos que es posible: infinitamente más preparados, compactos, tranquilos y sin brechas, de lo que hubiera sido posible con cualquier otro régimen y con cualquier otro método de Gobierno. Saben ustedes además, que a la cabeza de los destinos de España hay un hombre que ha probado, no ya sus dotes excelsas de conductor de ejércitos a los ojos de toda Europa, sino, además, sus dotes de organizador moral y material de la victoria, su tacto y valentía en difícilísimos azares de política internacional y su voluntad de infundir a la Patria aquel espíritu nuevo y antiquísimo que puede darle mayor tensión histórica y mayor aptitud para colocarse a la altura de los primeros pueblos europeos.

¿Cuántas cosas que ahora nos parecen providenciales, como el plan de construcción naval, no habían sido minuciosamente preparadas y queridas por él con una previsión clarividente? El hecho que ustedes deben meditar es éste: aquel que nos sacó en todos los órdenes —no ya sólo en el militar— de uno de los trances más trágicos y difíciles de nuestra historia continúa en absoluta plenitud de mando ante uno de los trances más trágicos y difíciles de la historia de Europa.

Ya sabemos que, gracias a este hecho, están ustedes todo lo tranquilos que es posible ante la pavorosa coyuntura. Ya sabemos que no imaginan ustedes ya para España ninguna situación mejor, y que ahora les parecería un crimen hablar de cualquier otra cota. Pues esto es lo que decíamos nosotros siempre, o sea que queremos para siempre, «para todos los días», aquel gobernante, aquel Caudillo que «en el día difícil» nos ofrezca a todos los españoles, a todos los hogares de la Patria, el máximo de seguridad frente al destino.

¡Arriba España! ¡Viva Franco!

4. «Pulso europeo y pulso español», *Arriba* (Madrid), 9 septiembre 1939 (extracto)

[...] Al volver la mirada desde estos horizontes de tormenta que cercan hoy los pueblos europeos, la angustia se nos cambia en un respiro hondo y en un mirar sereno la zozobra. España, recobrada, abre todos los días surcos profundos y anchos en este permanente laborar que nos crea un Estado. Y al borde de la última jornada de la guerra que hizo prever a muchos un colapso económico de plazo nada corto, el Gobierno dispone el pago retrasado de la Deuda y acomete un empréstito por valor de dos mil millones de pesetas para afrontar de rápida manera los diversos problemas de una reconstrucción que en sus primeros pasos asombra al pensamiento y abre ancho cauce al júbilo.

Para un mundo que auguraba nuestra debilidad y nuestra impotencia en lo económico y en lo político, y para los que en España tenían ojos y no veían, y para los que no querían ver, alzamos hoy en alto el ejemplo admirable de la España que Franco acaudilla, cuya fortaleza económica la permite alzarse vertical sobre las ruinas, y cuya fortaleza política y militar la hace posible fructificar la sangre derramada al borde de una Europa que la derrama hoy.

5. Santiago Nadal, «Resultados de la victoria. Una política independiente y nacional», *Destino* (Barcelona), núm. 112, 9 septiembre 1939

Es evidente que desde la guerra de la independencia hasta la reciente de su liberación, España no ha tenido política exterior.

Su actuación internacional, carente de una orientación positiva cualquiera, se ha limitado durante este largo período de tiempo a afrontar con empirismo de momento la mayor parte de los problemas que iban presentándose y a afrontarlos con un encogimiento de hombros. Y es que no podíamos tener una política internacional.

No podíamos tenerla, y su carencia no hay que imputarla exclusivamente a nuestros políticos, que fueron, en su mayor parte, mejores de lo que vulgarmente se crea, sino a la contradicción íntima en que se desarrollaba nuestra política interior. Pues es indiscutible que una buena política exterior exige, como premisa necesaria, una buena política interior.

Esencialmente, la política española, examinada en sus causas finales, se ha caracterizado desde 1814 hasta 1936, por la lucha entre el principio nacional y el principio revolucionario, entendiéndose por tal el que se basa en los principios negativos de la Revolución Francesa; representado el primero por relistas, apostólicos, carlistas, ciertos elementos moderados, etc., y el segundo por exaltados, liberales, progresistas, republicanos, etc., todo ello con las mil interferencias, matices, graduaciones y excepciones que la vida impone a los principios absolutos. Esta pugna, que tantas veces llegó a ser sangrienta, entre el principio de la tradición nacional y el principio de la revolución, con sus respectivas y sucesivas adaptaciones a los tiempos, tuvo varios intentos de conciliación, el más importante de los cuales fue realizado, con bastante éxito, hay que reconocerlo, con la Restauración.

Pero era forzoso que estos intentos de compromiso entre las dos tendencias fracasaron, puesto que la tradición nacional y revolución extranjera son, esencial y radicalmente, incompatibles en España. Por lo tanto su convivencia sólo podía llevar, en definitiva, a exacerbar las diferencias: el abrazo de Vergara, la década moderada, Cánovas, la Dictadura de Primo de Rivera trajeron, es cierto, épocas de notable prosperidad, puesto que en la combinación de los dos principios, que se trataba de realizar, el principio nacional hacía prevalecer el orden y la autoridad.

Pero estas uniones contra naturaleza realizadas en periodos de cansancio originado por anteriores luchas, eran forzosamente estériles: no eran más que una tregua entre dos tendencias absolutamente inconciliables. Y esa esterilidad se manifestaba primordialmente en la política exterior.

Internacionalmente el principio nacional empujaba a la realización de una política de interés nacional. El principio revolucionario, por lo contrario tendía a una política partidista y tendenciosa, inspirada en criterios ideológicos.

La combinación de estas dos tendencias en el seno de los regímenes que pretendían amalgamarlos daba por resultado forzoso una política negativa de completa abstención, con tímidas concesiones a uno y otro lado, sin plan alguno. Por aquel principio físico de que fuerzas iguales y de sentido contrario se anulan.

Un ejemplo bien claro de todo esto, escogido entre mil, lo tenemos en la actitud observada durante la guerra europea de 1914-1918. El principio nacional, presentado en aquel momento por D. Alfonso XIII y los elementos conservadores, impuso la neutralidad —evidente conveniencia nacional—, frente a los revolucionarios que deseaban la intervención por razones puramente ideológicas, extranacionales. Pero aquella neutralidad, pura abstención, no reportó las ventajas positivas que pudo y debió haber reportado de ser llevada con criterio puramente nacional.

Es, pues, evidente que en el orden de la política exterior el intento de hacer convivir en el Estado el principio nacional con el revolucionario había fracasado por completo. Ciento veinte años largos de historia probaban sobradamente que la experiencia no era viable: las dos fuerzas se anulaban, reduciendo a cero la acción del estado, al mismo tiempo que se agrandaba el foso que les separaba. Fracaso, pues, total y en todos los órdenes.

Una decisión se imponía, uno de los principios, el nacional o el revolucionario, debía hacer suyo totalmente el estado e imprimirle su orientación política. Este instante decisivo fue el 18 de julio de 1936, y el juicio de las armas ha sido favorable en un todo al principio nacional, representado y defendido por Franco.

España puede, por lo tanto, tener ahora una política exterior propia, independiente y positiva, como dirigida que está por el principio nacional que, en este orden, no conoce de filias ni fobias y tiene un solo guía y un único objetivo: EL SUPREMO INTERÉS NACIONAL. El magnífico «sagrado egoísmo nacional» de los políticos italianos e ingleses. Esta política la puede realizar el gobierno español. El principio nacional que le anima está influenciado en lo más mínimo por las presiones ideológicas que esterilizaron los mejores intentos de la Monarquía, del Ejército y de algunos hombres de Estado clarividentes para realizar una política positiva, en los últimos veinte años.

Y esto es una consecuencia lógica de la victoria total y rotunda de las fuerzas nacionales

sobre los rojos. Si el triunfo hubiese sido del enemigo, consideraciones e impulsos de orden extranacional moverían ahora la política exterior de nuestro país. Y de haber intervenido la menor cantidad posible en el «abrazo de Vergara» en el término de la contienda, España volvería a estar sujeta al estéril intento de amalgamar dos principios irreconciliables por naturaleza; política exterior negativa, por lo tanto, y peligro inmenso de agresiones y desmembraciones.

Es una felicísima circunstancia —debida a la genial tenacidad de Franco de no querer más solución que la Victoria— que en los gravísimos instantes que atraviesa Europa impera en España el principio nacional, vencedor absoluto del principio revolucionario y dueño único del estado. La decisión que se ha tomado, en efecto, no está inspirada por razón alguna de tipo ideológico, ni sentimental, sino por un solo norte y guía poderoso: el interés nacional. Como lo estuvo totalmente bajo nuestros viejos gobiernos nacionales, desde Fernando el católico hasta Carlos IV. Algún día giró la historia que desde 1936 la sumisión total al principio nacional de la cancillería de Burgos nos ha evitado más de una catástrofe y proporcionado más de un éxito en el terreno de la política exterior.

De todos modos hoy sabemos que la actitud española ante Europa está dictada en estos momentos graves y siempre, por razones puramente POLÍTICAS y no por motivos PARTIDISTAS, como hubiese sucedido en el caso de un triunfo de los rojos.

6. Luis de Galinsoga, «Vacas flacas por doquier», *La Vanguardia Española* (Barcelona), 12 septiembre 1939

El panorama del mundo, y singularmente el de esta agitada y neurótica Europa que vivimos, es capaz de llevar el consuelo que a los necios depara la pimple extensión de su mal. Cada nación puede, en efecto, consolarse de sus privaciones y sacrificios con sólo remontar la mirada sobre la frontera que la separa de su vecina. Así, los taimados y sospechosos agentes del pesimismo enervante y desolador que en cada nación sirven las consignas del derrotismo de la nación misma, se desploman ahora en la impotencia para sus trapicheos y agorerías desmoralizadores. Es la guerra, sí, la causa ocasional, el botafuego para la alarma y la prevención, coercitivas hasta lo inexorable. Pero hay que buscar el motivo directo en la fuerza biológica de las naciones que reaccionan contra muchos años de olvido de las lecciones que nos dejó la guerra de 1914. Todo un desenfreno alegre e irresponsable ondulando sobre las fronteras y los mares hasta envolver a las naciones en una atolondrada interdependencia de sus respectivas economías es lo que ahora tienen de súbito que coacer los Estados, apretándose bien cada uno de ellos en lo entrañable y primario de sus respectivas autarquías. Suprimir las importaciones para retener angustiosamente las divisas propias; regular el consumo; racionar las mantenencias; bastarse a sí misma cada nación hasta límites que hace quince días parecían imposibles de alcanzarse: he ahí el común programa rudimentario que los Estados repiten en la monótona igualdad de sus urgentes medidas de guerra. No se espere arbitristo alguno inédito ingeniado por este o aquel Gobierno europeo. Todos reaccionan en idiomas distintos pero en idénticos conceptos. Es la necesidad idéntica la que inspira la identidad: de los

procedimientos para acorrer a ella.

Yo no sé lo que dirán ahora, nuestros majaderos y taciturnos críticos, de la política sabia y saludable de autarquía de la España renacida. De seguro que estos días rehuirán la tertulia del Casino, del café o de la rebotica en donde saltan, bajo remilgos precavidos e hipócritas, desleír su necesidad de censores contra aquel concepto genuino de bastarnos a nosotros mismos. El panorama de Europa les deja en evidencia de su ridículo y de su fracaso. ¿Qué ingeniarían ahora para su crítica contra unas previsoras [...]

Los agoreros, los taciturnos, los inadaptados y, en definitiva, los rebeldes han de sorber su propio descrédito, mientras la España renacida sobre la purificación y el sacrificio y las leves renunciaciones fecundas ha de recatar —porque no sería elegante jactarse de él— su sabio acierto de profeta de sus propios destinos económicos y de los destinos económicos de Europa y del mundo. Y al lado de las privaciones inexorables que los Estados imponen a sus naciones apretando los resortes de su defensa vital autárquica ¿qué son las insignificantes ordenanzas impuestas en España en plena guerra y ahora en plena paz reconstructiva y ardua, como base de una economía y de una moral austeras y regeneradoras?.., Si los agoreros y aguafiestas que difunden consignas derrotistas en las tertulias de papanatas no fueran agentes de traición solapada y, por ende refractarios a la buena fe y a la razón convincente, el panorama de Europa transmutado en veinticuatro horas les serviría de lección inolvidable.

7. «Doctrina y realidad», *Destino* (Barcelona), núm. 113, 16 septiembre 1939 (extracto)

[...] Demuestra claramente nuestro amigo y colaborador que una política independiente y nacional como la que ahora se realiza en España, solo ha podido ser posible con el triunfo rotundo del Ejército Salvador. Un compromiso con el enemigo, por insignificante que hubiese sido, habría creado, yo en los actuales momentos de conmoción europea, enormes dificultades a la salvación de los sagrados intereses de España. La garantía actual y futuro de éstos es, sin duda, consecuencia feliz de la genial tenacidad de Franco, que no quiso otra solución que la victoria.

[...]

De todas las experiencias hechas en este sentido, no hay duda que la más importante y afortunada fue la Restauración, aunque a la postre no pudo salvarse de los [?] corrosivos que en ella hubieron de introducirse en virtud de su pacto con el principio revolucionario.

El hombre encargado de llevar a cabo aquella experiencia fue, indiscutiblemente uno de esos hombres extraordinarios que sólo de tarde aparecen en los pueblos y realizó desde un punto de vista doctrinal y constitucional uno de los mayores esfuerzos de conciliación que conoce la historia. Los realistas franceses, con Maurras al frente, han expresado mil veces su admiración hacia la obra de Cánovas, proponiéndosela incluso como ejemplo. De Cánovas, asimismo, dijo Bismark que era el único hombre ante quien él se inclinaba.

[...]

Nada de compromisos con los principios de la revolución marxista, ni de su progenitora

revolución liberal. Ello no impide, claro está que, mientras se evitan y rechazan todas las confusiones ideológicas, se vaya, como se va, con paso seguro a la conciliación en el terreno de las realidades. La tradición nacional no sólo nos la permite, sino que nos la aconseja.

Nos la aconseja, sobre todo, en el social. Para España, que en sus épocas de esplendor e imperio dio al mundo en esta esfera un ejemplo de capacidad jamás igualada, no necesita para nada de principios extranjeros, ni manos de contemporizaciones con principios materialistas, para llevar a feliz término una reforma que debe fundarse en el concepto sustancial en nuestra historia y nuestras instituciones.

La voluntad de nuestro movimiento es y no puede ser más que esta: ninguna debilidad en el orden de los principios, ningún olvido en el campo de la realidad.

Recogemos así la fecunda corriente de nuestra antigua tradición, que es a la vez inflexible y ecléctica. Recogemos la lección de nuestros grandes pensadores, y concretamente la que dio Balmes a sus contemporáneos, desaprovechada por la frivolidad y las pasiones de éstos, cuando eran todavía evitables buen número de nuestras desventuras contemporáneas.

8. «Neutralidad de 1939 y neutralidad de 1914», *Arriba* (Madrid), 17 septiembre 1939

Muchas son las palabras usuales de la vida política y social de España que han cambiado completamente su valor significativo después de la victoria. Y la misma palabra «España» tiene hoy en nuestras conciencias un valor representativo práctico y poético, que desde siglos parecía olvidado. En consecuencia, la palabra «neutralidad» quiere decir cosa muy diversa que en 1914. Aquella España inerte, pintoresca, gesticulante, colocada a la saga de Europa, solicitada por los bandos en pugna como una cortesana fácil, trabajada como un pobre conejo de Indias, traicionada a la vista por los separatismos y luego tan ufana con los cuatro cuartos mal pagados que le dieron por sus servidos, no es ciertamente la de hoy.

La neutralidad da España entonces consistió en aceptar gratuitamente de la guerra todo lo que la denigraba, sin participar en aquello que en toda ocasión la dignifica, o sea morir por la Patria. Todas las solemnes tonterías, todas las aberraciones intelectuales y morales, todas las taimadas tendencias, todas las mentiras intragables y las inconfesables bajezas que circulaban entonces por Europa hicieron presa en nuestra pobre España. Más que vileza— aunque también la hubo—hubo paletismo, metequismo, inferioridad. Y se pusieron en cosas que no nos iban ni venían una pasión y un entusiasmo a pies juntillas, que al servicio del alto destino nacional no se habían visto desde hacia larguísimo tiempo. Se llevó — aunque de modo zafio y ramplón — a la contienda un temperamento bizantino de partidos del circo —verdes o azules— o, si se quiere, de fanáticos de la plaza de toros o de «hinchas» del fútbol.

Luego, ante el heroísmo de nuestros soldados de África, después del desastre de Annual, cuando la España de Franco —y Franco mismo— se formaban, no hubo nada de aquella exaltada sensibilidad bélica que se dilapidó del 14 al 19 sin ton ni son y para causas extranjeras. Sin aquella generación de oficiales de África y sin la otra generación de civiles

que culminó en la obra fundacional de José Antonio, nada hubiera sido posible. Lo lamentable, lo decadente, lo vergonzoso de la neutralidad de 1914 consistió en que nos metía dentro de casa todo lo que rebajaba como nunca la dignidad espiritual de Europa, sin traernos nada de lo que la dignificaba en cierto modo, o sea el sacrificio. Nuestros intelectuales —por ejemplo—, al servicio de las pasiones extranjeras, se desdijeron frecuentemente de cuanto habían defendido durante años, se pusieron a servir con sus plumas los más torpes, pasionales e improvisados *rappports* de propaganda, y no fueron capaces, en nombre de la ciencia, de una actitud serena, justa y elevada, sino que convirtieron esta ciencia demasiadas veces en una mera aptitud entregada a bajas polémicas. Si esto sucedía en las zonas más altas del pensamiento español, será mejor que ahora corramos el más tupido velo sobre lo que pasaba en otras zonas inferiores.

* * *

En 1939 la neutralidad de España no nos puede traer, de ningún modo, la representación de aquella pobre Patria inerme, decadente, pintoresca y gesticulante, puesta a la zaga de los bandos de Europa. España tiene hoy una perfecta conciencia, un perfecto orden en sus armas espirituales y corporales, bajo una suprema voz de mando, que la ha sabido conducir a la victoria y a la paz. España sabe que de la guerra pueden deducirse consecuencias más favorables o menos favorables, de momento, para su destino. Pero espera, callada y segura de sí, frente a todo evento —capaz de forzar todo evento contrario—, con las manos tranquilas, puestas en el pomo de la espada. Esto no tiene nada que ver con la situación y la actitud de 1914. Neutralidad quiere decir ahora una cosa absolutamente diversa. Si quieren colear por ahí flecos tardíos de filias o de fobias al estilo de entonces, pretendiendo abusar momentáneamente de la benevolencia del Estado, serán pronto cortadas en seco, en cuanto pasen del límite de su aparente puerilidad inicial.

Quedan en España —no podía ser de otro modo— restos y reliquias de la larga mala vida pasada. Raer del área nacional todo eso es buena parte de nuestra tarea. La «vuelta a la normalidad» que algunos imaginaron hacia el mes de marzo pasado, con la cuarteada mentalidad de 1923-1936, no deja de enlazarse con esta «vuelta a la neutralidad» al estilo de 1914, con su consiguiente alternativa entre el despojo y la traición. «Su» neutralidad y «su» normalidad son al fin una misma cosa, una misma mediatización de la dignidad y de la libertad de España, según los mejores modelos antiguos, liberales y parlamentarios. Bajo diversos colores, algunos vuelven a caer en la esperanza roja: el remedio heroico de su rencor se cifra en arrimar su ascua a las discordias de Europa. Vanos sueños. Aquí no hay *lendemain* de Waterloo, porque para eso hubiera tenido que sufrir bajo el extranjero una derrota la causa de España. Por el momento se han visto inofensivos plumeros que se figuraban llevar siete atenciones. Se ha vuelto también del revés en esa reducida zona nostálgica una parte de la tortilla del año 1914, y donde antes eran «filias» ahora son «fobias». Se ve la hilaza hasta la irrisión. Todo eso no son sino pequeños merodeos alrededor del campamento de nuestra España ordenada y vigilante. Asunto de sumaria desinfección gubernativa en cuanto el vuelo de mosquitos intente crear aquí un paludismo político internacional. Como síntoma de hasta dónde puede llegar el resentimiento queda registrado. Su lema parece ser: *Etiam cum diabolo*. Hasta con el diablo. Pero lo único que sabrán un día —a mucho saber— es aquello otro: «Así paga el diablo».

9. «Oro para la indignidad», *Arriba* (Madrid), 22 septiembre 1939

En los *balls* de los hoteles y en lánguidos corrillos, políticos viejos, novias melancólicas en su perpetua viudez, efebos que balbucen el castellano con torpe acento extranjero, se permiten infringir, descaradamente la ley de neutralidad ordenada por el Caudillo, y se dedican a denostar a alguna de las naciones beligerantes y a sus hombres más representativos.

La neutralidad que el Caudillo impuso, interpretando el interés de España y el mejor modo de servirlo, hace intolerable la aparición de esos «beligerantes interiores», que lo son —hay que decirlo claro— por dos cosas: primera, porque en alguna forma reciben el oro del soborno de opulentos servicios de «inteligencia»; segunda, porque olvidan cuál fue la causa principal de la muerte de tantos españoles de verdad, caídos en la trinchera o en las checas rojas por servir el honor y la dignidad de España.

Contra esos beligerantes que mueve el oro extranjero o su propio egoísmo —monstruoso y extranjero también—, y que olvidan el sacrificio generoso de la juventud española, abre la Falange el fuego implacable de su ira, y todos los camaradas que empalman sus sentimientos y su fe con el espíritu y la ambición de los que cayeron tienen el grave deber de denunciarlos y de reducirlos, en caso flagrante, de forma directa y brutal, para sacarles a golpes del error en que se encuentran al pensar que, terminada la guerra, es posible echarse la cuenta de que «aquí no ha pasado nada», y seguir viviendo, como ayer, de sus vilezas.

La autoridad cierta de un Estado, fundado heroicamente en el tremendo sacrificio de la guerra para servir la dignidad de España, sancionará adecuadamente a los autores de tan sucio delito de pública indignidad.

Los tales «beligerantes» son gentes nacidas —bien o mal— en tierras de España; pero, ausentes de su dolor y de las angustias por su gloria, no podrán nunca decir, con verdad, que España sea su Patria.

10. «Neutralidad sin precedentes», *La Vanguardia Española* (Barcelona), 22 septiembre 1939

El estado integrador de la nación, en el régimen que ha salvado a España, no puede jamás hallarse en divorcio con la nación misma. Es verdad inconcusa y dogmática, pero es, además, realidad sustancia sobre la que se asienta y no sobre precarias y circunstanciales razones de fuerza, la fuerza del estado mismo. Que el Caudillo defina y practique, al frente del estado, con rigores de lealtad acrisolada y de sinceridad sin reserva, la neutralidad ante la guerra en el Oriente de Europa, es, pues, incompatible metafísicamente con cualquiera disidencia ni siquiera con cualquier matiz en la consciencia nacional. Y si el Estado establece con su neutralidad una política, un criterio y unos modos frente a la guerra de otros Estados, la nación siéntese entrañablemente fundida a es apolítica, que es el reflejo jurídico internacional de su propio anhelo y de su actitud indeclinable. Si en 1914, en

cambio, el estado español, vacilante ya y minado por los vicios y los errores liberales que le corroían, decretó una política de neutralidad de circunstancias análogas, la nación se llamó andana para el cumplimiento del precepto, que no tuvo un solo instante de vigencia espíritus de los españoles. El choque de las pasiones y enconos banderizos, que todos recordamos, y que no era, en definitiva, sino un germen más de la tremenda discordia civil que había de estallar el 14 de abril y el 18 de julio famosos, se desencadenó sobre nuestro vivir interno como una guerra espiritual; de la que no estuvo ausente tampoco el Estado, porque la política interior de los cuatro, años de la guerra europea anduvo a tumbos por los vericuetos de una neutralidad que se esgrimía, por los propios jefes de partido y de grupo, como comodín o catapulta para defenderse u hostilizar, alternativamente, desde, el Poder o desde la oposición.

La neutralidad de hoy se sitúa, se siente y se practica en un ambiente antípoda de aquel de 1914. Somos neutrales los españoles porque el Caudillo lo manda, pero el Caudillo nos manda ser neutrales porque interpreta el anhelo unánime de la nación de mantenerse ecuánime ante la conflagración incoercible. Y así, Estado y nación, quien manda y quienes obedecemos, se funden en una sola acción, pero también en una misma sinceridad enteriza. No hay disonancias, ni menos desacordes, ni menos aún reyertas entre los españoles en la convicción, en el sentimiento y en el ejercicio de su neutralidad común. Y si algún sofista retorcido y habilidoso intentase argüir con la propia naturaleza del régimen en que vivimos, quedará contestado con la observación de quien quiera, que puede atestiguar cómo no ya con estado público incompatible con nuestro sistema político, sino ni aún en la vida privada, en las tertulias, en la calle, en el hogar hay el menor brote militante de las filias y de las fobias de antaño. De 1914 a 1918, ¿qué español tenía necesidad de asomarse a la encrucijada en donde se batían las fobias periodísticas para atestiguar que España estaba escindida en una discordia de las mentes y de los corazones con respecto al conflicto europeo? Cualquier español, por el contrario, a veces sin salir de su misma casa, aseveraba con su propia experiencia su condición de beligerante espiritual.

Neutralidad profunda, neutralidad convencida, neutralidad noblemente ejercitada, las del Estado y de la nación de ahora. Dicho mejor y en singular, neutralidad de España: porque ahora sí que es España neutral de arriba abajo y de abajo a arriba, por convicción por sentimiento, con una efectiva neutralidad sin precedente.

11. Andrés Revesz, «No habrá otro Versalles», *ABC* (Madrid), 24 septiembre 1939

Así lo anuncia el Führer en su magno discurso pronunciado en Danzig. No habrá otro Tratado de Versalles porque Alemania no capitulará; pero si perdiera la guerra, tampoco se repetiría, la situación creada en 1919, sino que los vencedores le impondrían otro tratado mucho peor, un tratado que terminaría por fragmentar al Reich.

Versalles ha sido terrible en varios de sus aspectos. Ha mutilado, humillado y empobrecido a Alemania. Sí, pero ha respetado su unidad política. El principio de las nacionalidades la ha salvado. Y un pueblo como el alemán hubo de resurgir una vez que no sólo ha podido

perdurar como nación, sino también como Estado. Como Estado más unificado que bajo el antiguo régimen de las diferentes dinastías, al que Bismarck no se había atrevido a tocar. Por todas estas razones pudo decir Jacques Bainville del Tratado de Versalles que era demasiado, duro, al par que demasiado blando.

El derecho de los pueblos de disponer de su destino ha favorecido doblemente a Alemania. Ha salvaguardado su unidad y, por el contrario ha despedazado a Austria-Hungría. Jamás se había equivocado vencedor alguno tan trágicamente. La Monarquía de los Habsburgos fue condenada a muerte por el espíritu jacobino del viejo Clemenceau, por la masonería y por aquellos que creían —quizá de buena fe— que el Impero conservador, católico y paternal, era un anacronismo en el mundo nuevo, predicado por Wilson. Ciertamente, no era un país homogéneo, pero en esto consistía, precisamente, su misión histórica. Bien decía el historiador checo Palacky que si Austria no existiera, habría que inventarla. Si, habría que inventarla con otro nombre, como Confederación danubiana o lo que fuera, porque no vivía por el capricho de una gloriosa dinastía, sino por una necesidad ineludible. Era una Paneuropa en pequeño; un enlace entre la cultura germánica, la latina y la eslava; era al par Europa Central y cercano Oriente; una convivencia tolerante de diferentes razas y religiones. En Viena y Salzburgo se notaba el soplo debajo las arcadas venecianas y florentinas. Quien no conocía el Imperio de Francisco José, no sabe lo que era la dulzura de vivir.

Pues bien; esto era lo que los vencedores han destruido, con una ceguera que aterra, bajo el pretexto de crear sobre su cadáver varios Estados nacionales. Pero ¿lo eran Checoslovaquia, y Polonia? ¿No hay fuertes minorías étnicas en Yugoslavia y Rumania? Lo que los enemigos ideológicos de la Monarquía secular han conseguido, es dejar en el centro de Europa una Alemana unida, de la cual se podía prever que con el tiempo se convertiría en poderosa, sin el menor contrapeso; un Reich rodeado por Estados de tercera o cuarta categoría, minados por dificultades internas e incapaces de resistir al primer empuje alemán. Esta era la sabia obra de los artífices de Versalles.

Decía Goethe que; prefería la injusticia a la anarquía. Con la frase hizo referencia a la Administración y a la Policía. Pero es probable que el futuro vencedor aplique el lema a la organización de la paz. Intentará asegurarla por un siglo, aun a cambio de la mayor de las injusticias.

12. Manuel Aznar, «España y el hundimiento de Polonia», *Arriba* (Madrid), 29 septiembre 1939

Hay en el discurso pronunciado por el Caudillo ante el nuevo Consejo Nacional unas palabras nobilísimas y dramáticas que aluden a la crisis europea y a la posición de España frente a los problemas suscitados por la guerra. Dicen así:

«Nosotros recorreremos, como preocupación principal, el camino de nuestra reconstrucción interior, pero sin desinteresarnos un solo instante en los problemas exteriores. Tenemos conciencia de que en las batallas libradas en tierras de España salvamos al mundo de un gran peligro, cómo otra vez lo hemos intentado en la actual crisis de Europa, hablando serenamente a las naciones y realizando gestiones insistentes para

evitar el hundimiento de alguna, cumpliendo con ello los deberes que nos imponen la fidelidad a nuestra historia y el pensamiento católico español.»

«El hundimiento de alguna»... La alusión es transparente. Había en el Oriente europeo, en la marca rusa, veinte millones de católicos cuya suerte no era indiferente «al pensamiento católico español». Aquel que ha conquistado un lauro eterno por su victoria sobre el comunismo, aquel que ha puesto en pie a su pueblo y le ha guiado en medio de las batallas por el triunfo de la religión católica, aquel que ha destruido en el Occidente de Europa, sobre esta tierra española, por tangos motivos sagrada, la revolución de los «sin Dios», no podía asistir impasible al hecho de que el Infortunio cayera sobre esos veinte millones de creyentes. Por eso, mucho antes de que Rusia se decidiera a invadir el territorio polaco, el Caudillo se dirigió a Inglaterra y a Francia para anunciarles lo que irremisiblemente, nexorablemente, había de producirse: el hundimiento de Polonia.

Una vez que la suerte de las armas había sido adversa al Ejército polaco, el Generalísimo — uno de los grandes capitanes del siglo— preveía avances fulminantes, irresistibles, por parte del Ejército alemán. Militarmente, consideraba que el pleito estaba fallado en Oriente. Pero su clarividencia le advirtió —con varios días y aun semanas de antelación— que las tropas rusas aprovecharían amplia y cómodamente la coyuntura, y se lanzarían sobre las espaldas de Polonia: en ese caso, el aplastamiento de esta nación sería, rapidísimo.

¿Por qué no arbitrar una solución que evitara semejante desastre inútil? ¿Por qué no sugerir a los polacos una rendición honrosa, en la que quedara a salvo la gallardía de los combatientes y, al mismo tiempo, se eliminara toda posibilidad de intervención soviética?

Las potencias que recibieron esta advertencia del Caudillo no la meditaron suficientemente, ni la escucharon con oídos europeos y cristianos. Pocos días después, millones de católicos caían bajo el fuero y la jurisdicción de Rusia. El espíritu y la voz del Jefe del Estado español habían velado por su suerte y por su salvación social y política. Es importante que, de ahora para siempre, quede bien señalado este hecho, al que probablemente habremos de referirnos más de una vez, si Dios no pone remedio a la locura europea.

Esto es —si no me equívoco— lo que las palabras de Franco significan cuando se refieren a «nuestra historia» y «al pensamiento católico español».

Fidelidad a nuestra historia quiere decir —entre otras cosas— que España no olvida las causas y los fines de la reciente y terrible guerra civil: ha sido esa guerra una continuada y sangrienta batalla por el catolicismo y por la civilización. «Fidelidad al pensamiento católico» es tanto como hermandad, preocupación profunda, piedad religiosa hacia todos los que, en torno al Padre común, profesan la religión de Cristo. Nadie intente aventajarnos en ninguna de estas dos direcciones. Somos hoy lo que fuimos ayer, decimos ahora lo que decíamos cuando nuestra juventud caía en racimos sobre la tierra de España ensangrentada. ¡Ojalá pudieran todos los pueblos afirmar otro tanto! ¡Ojalá no existiera tanta contradicción entre sus posiciones actuales y las innobles causas que defendieron en días nada lejanos, y para los españoles inolvidables! Alguna vez será ocasión de examinar de qué modo y en qué enorme medida han contribuido a la actual crisis y guerra de Europa aquel criminal desconocimiento, aquella siniestra e interesada deformación que Inglaterra y Francia sufrieron cuando se trató de la redención de España y del sacrificio de los españoles para «salvar al mundo de un gran peligro». Sin Franco y sin los héroes que dio nuestro pueblo, el

comunismo, mucho antes de entrar en territorios polacos de un modo oficial, hubiera sido dueño y señor de España, lindamente traído de la mano de Francia y de Inglaterra. Por hoy basta con dejar apuntado el tema.

Nuestra lección debiera haber abierto los ojos de Europa. La palabra del Caudillo es voz de profeta y de capitán victorioso. Ha pasado trances de inmensa amargura y ha afrontado experiencias increíbles. Conoció a tiempo la raíz del mal y avistó los desastres que amenazaban al mundo de la cultura cristiana: por eso se alzó en armas, encuadró a España entre cañones y bayonetas, y nos pidió a todos el sacrificio de la vida, si fuese necesario, en aras de la fe y de la Patria.

He aquí, pues, que su autoridad es inmensa. Harán bien los pueblos en escuchar sus llamamientos. Ahora no los han oído, y ahí tenemos las consecuencias: una nación europea se ha hundido. El Caudillo de España acertaba en la previsión del hecho y en la elección del remedio. El Caudillo de España, una vez más, tenía razón.

13. Ignacio Agustí, «Neutralidad española», *Destino* (Barcelona), núm. 116, 7 octubre 1939

El Generalísimo Franco ha hecho a D. Manuel Aznar unas manifestaciones en las que se fija la posición de España ante los acontecimientos internacionales. Estas declaraciones son las primeras que el Gobierno de España hace, desde que fue declarada la guerra. Ningún comentario había seguido a la serena declaración de neutralidad, hecha por el Gobierno con brevedad concisa, inmediatamente a aquel hecho.

El Generalísimo Franco, personalmente, ha explicado a un insigne periodista, al alcance de aquella declaración y la labor realizada tras la mesa presidencial de España a favor de la paz entre los pueblos. El gran gobernante católico de estos tiempos, nuestro Generalísimo, expresa en estas manifestaciones lo que ha sido unánimemente profesado por cada uno de los corazones españoles, anticipándose a ellos. Nuestra cruenta lucha reciente, la experiencia cruel de los años anteriores a ella mediatizan de manera irrefutable nuestra conducta hacia naciones que ahora se guían por una política de realidades, tan ajena esta vez a los mandatos de Dios sobre los pueblos. La U.R.S.S., heredera de secular imperialismo, trituradora de cruces y demoledora de templos, debe ser proscrita de Europa. No tiene aquí ninguna misión a cumplir, como quedó de sobras demostrado en el medio lustro de guerra española. Esta es una de las grandes verdades de conciencia que todos los españoles, por boca de Franco, hallan expresadas insuperablemente en sus manifestaciones del día 3.

Esta posición espiritual española, cristiana y latina, irrenunciable e irrenunciada en nosotros, debiera haber sido compartida a tiempo por las potencias occidentales y singularmente por aquellas que, como Francia, eran resultante de aquellos valores de latinidad y catolicidad, sin los cuales su presencia en la Historia no quedaba justificada. Hoy se halla Francia, despertada tarde y mal de sus luchas interiores ante un enemigo al que no supo identificar tras el antifaz social-comunista: el imperialismo ruso. Imperialismo secular que es una de las únicas cosas auténticamente nacionales que la U.R.S.S. no ha triturado;

que, antes bien, enriqueció con el espectáculo atroz de los templos-garajes, de la vida mecanizada y las checas entre otros.

España hizo, a costa de mucha sangre, lo posible por liberar a de esta aberración histórica. Tuvo que luchar denodadamente y consiguió, al fin, después de muchos meses, dejar irremisiblemente sentado al principio nacional, religioso y latino. Italia ocupó también con sangre hermana el lugar que le correspondía. Francia, a remolque de la política de realidades de la Gran Bretaña, tuvo especial empeño en perder, jugando con cuantas cartas se le ponían al alcance: Inglaterra y Rusia. Hoy Rusia es el enemigo que Francia tiene delante e Inglaterra el que le empuja por detrás.

Hay, en esta hora, países que, ineludiblemente, deben ser neutrales. Como los hay que ineludiblemente, deben ser beligerantes: Uno de estos últimos, por razón de vida y de legítima defensa, es Alemania; los otros dos, Inglaterra y Rusia, lo son por razón de hegemonía. Dos cosas son evidentes: el enojo del mundo, de todo el mundo, aún de los países sometidos solapadamente al control e iniciativa británica, ante el imperialismo inglés y un enojo parecido ante el comunismo, sistema anti-popular ya en todas partes, y ante el imperialismo ruso. Mientras sucediera que los dos imperialismos anti-populares y antipáticos se dedicaran e devorarse entra ellos, el mundo podría gozar de una paz evidente, liberado del caciquismo económico inglés y del caciquismo ideológico soviético. Es justamente la aparición en escena de terceros países no interesados, o interesados accidentalmente en la lucha, lo que hace menos apetecible el choque entra los dos colosos.

Los terceros países de que hablamos son Francia y Alemania. Alemania no se considera agraviado por Francia, no le imputa el tratado de Versalles. Francia no está seriamente enojada contra Alemania; presiente que tiene algo de razón en sus demandas. Si Francia hubiera trazado una conveniente y certera línea de política exterior, y se hubiera emancipado de la tutela inglesa, acercándose a Roma, como parecía deducirse de su actitud en 1935, hoy Alemania, rescatados los objetivos de sus reivindicaciones, y ella misma, se hallarían presentes a los últimos dios del detestable imperialismo británico, sin qua ello representara el auge de otro imperialismo, cuyo solo nombre causa horror a todo civilizado: el imperialismo soviético.

El primer país que no puede dejar de ser neutral es España; y esta posición de neutralidad es una recia posición española, no de simple inhibición de la lucha sino profundamente intencionada. Interesada en ambas partes, en una contra el imperialismo económico inglés, y otra contra del ideológico ruso, España está, al propio tiempo, desinteresada de ambas. En definitiva España sabe que en ninguno de los dos bandos está, íntegramente, la paz en la que espera podar renacer; sabe que esta paz no está más que en ella misma: en la victoria de unos ideales de civilización, de los «fueros do su espíritu», con palabras de Franco. Tal es, irrenunciablemente, el destino de España, y a él responde nuestro Caudillo en sus actos y certeras manifestaciones que, como la más reciente, nos hemos permitido comentar.

14. «Balance», *Destino* (Barcelona), núm. 128, 30 diciembre 1939 (extracto)

En el orden internacional, la aparición de la auténtica España, significó el comienzo de una política independiente, atenta sólo a nuestros intereses y fiel al recto concepto de la justicia internacional. Primer acontecimiento del año. fue él reconocimiento, al final de la guerra, de nuestro Gobierno por las potencias que, poco tiempo antes nos negaban incluso la calidad de beligerantes. Triunfo alcanzado con la simple gallardía de un propósito inflexible.

La reanudación de las relaciones diplomáticas con todas las potencias tuvo como primera consecuencia el pacto Jordana-Bérard y la devolución del tesoro nacional expatriado por los rojos.

La amistad con Portugal, basada en una comunidad de cultura y de historia fue confirmada en los años difíciles de la guerra y ha sido sellada con el pacto de no agresión y, últimamente, por el tratado comercial, promesa de fecundos beneficios para las dos naciones.

Con Italia, la unión fraguada en tres años de sacrificio cruento por una empresa común, fue confirmada por las visitas del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación al Duce y del conde Galeazzo Ciano a nuestro Caudillo. Acontecimientos de máxima importancia, que evidenciaron profunda compenetración entre los dos grandes pueblos latinos.

Finalmente, las directrices definidoras de, nuestra política internacional, independencia y moralidad, se manifestaron en nuestra actitud ante el conflicto europeo. La Ley de Neutralidad traducía un afán de paz y de reconstrucción interna, pero también entera libertad y atención a los propios intereses, ninguno de los cuales podía llevarnos a la guerra; y la reciente declaración del Gobierno acerca del conflicto soviético-finlandés ha afirmado claramente al mundo nuestra voluntad de justicia e irreductible oposición al comunismo, primer enemigo de España y del Occidente civilizado;

Balance, pues, del año: liquidación progresiva —todavía no terminada, claro está— de la guerra; eficaz labor de construcción del nuevo Estado, según el estricto sentido del Movimiento; reconocimiento de nuestro Gobierno por todos los Estados civilizados, e iniciación de relaciones amistosas con todos ellos; independencia, claridad y vigor de nuestra posición internacional. Misión dura la esbozada en éste año que muere. Su continuación y remate en los años próximos exige de nosotros una total abnegación y un severo ascetismo al servicio de los más nobles afanes.